

## Próspero: el sacrificio del poder

Próspero, el protagonista de *La Tempestad* de Shakespeare, es símbolo del peregrino que sacrifica su posición en el mundo para buscar el conocimiento. Después de la escena inicial del naufragio, en la segunda escena el mago explica a su hija Miranda su historia: cedió provisionalmente su posición como duque de Milano a su hermano Antonio para centrarse en la búsqueda de estudios secretos, afilando su espíritu con un conocimiento que si el vulgo conociera admiraría como a un tesoro<sup>200</sup>. La ambición de Antonio llevó a usurparle aquella posición provisional, creyéndose que era el duque legítimo, como aquél que se repite una mentira hasta que llega a creerse su propia falsedad.

Vemos en la historia de Próspero la indisoluble asociación entre sacrificio y adquisición de conocimiento. Quien está dispuesto a renunciar es apto para seguir el Camino, mientras que quien se aferra a lo viejo por temor a la pobreza o a la pérdida de posición y poder, se queda sin el inmenso premio de la sabiduría. Este mismo arquetipo se ha visto en el ejemplo del rey Claudio, cuando reconoce él mismo que no puede ser perdonado mientras no renuncie a los beneficios de sus ofensas.

En otras escuelas de pensamiento, como la platónica, se expresa de otra forma el mismo principio. Por ejemplo, los prisioneros del mito de la caverna, al haberse hecho especialistas en la ciencia de las sombras, no quieren abandonarlas debido a la posición de poder que han adquirido, pues reciben honores al acertar el orden de las sombras, y aceptar la verdad que les trae el prisionero liberado, que equivale a la figura del profeta, implicaría aceptar que su

<sup>200</sup> Cf. W. Shakespeare, *La tempestad*, Acto I, Escena II.

ciencia ha sido sólo sobre sombras, y por tanto perderían los honores y el poder. Sólo unos pocos estarían dispuestos a realizar tal sacrificio en favor de la verdad, el resto preferirían seguir viviendo en la ilusión, aún reconocer la verdad en el fondo de sus almas<sup>201</sup>.

La renuncia y el sacrificio, en apariencia dolorosos al principio, traen en realidad dicha y proximidad divina. Cabe señalar que el término coránico que denota proximidad (*qurb*) es de la misma raíz que el concepto de sacrificio (*qurban*). En el método sufi la abstinencia y la renuncia son así las primeras etapas de la vía. Como vemos en la historia de Próspero, normalmente la entrada en la vía sufi es sincrónica con algunas renunciaciones imprescindibles, pues sino el alma seguirá inevitablemente atrapada en sus viejos patrones. La *tawba*, es decir, el arrepentimiento que promueve un cambio de dirección, de la *qibla* en el camino, implica un alejamiento de antiguas situaciones, incluso de ciertas personas, que atarían al alma de nuevo a lo viejo. Como explica Rūmī, cuando un intelecto se junta con otro evitará el mal obrar y el mal hablar, pero cuando el alma apetitiva se junta con otra alma apetitiva el intelecto parcial se vuelve ocioso e inútil. Si el intelecto se empareja con otro, la luz se incrementa y el camino resulta evidente, mientras que si el alma apetitiva se ríe con otra aumenta la oscuridad y el camino se oculta<sup>202</sup>.

En el Corán encontramos un ejemplo de este alejamiento en la azora de la Caverna, que narra entre otras la historia de unos jóvenes creyentes en el Dios Único que se alejan de su pueblo, politeísta y entregado a la adoración a los ídolos, y se refugian en una caverna. Los jóvenes piden la buena dirección (*raṣāda*) a su Señor y Dios los hace dormir durante

---

201 He desarrollado con más profundidad este tema en el primer capítulo de *Platonismo y Sufismo: Una lectura sufi del mito de la caverna*.

202 Cf. J. Rūmī, *Matnawī*, vol. II, versos 20-27.

unos años. Y cuando se despiertan devienen un signo para su pueblo. A un nivel externo este episodio representa este ‘alejamiento’ inicial de la antigua situación, y a un nivel esotérico representa la necesaria entrada en el interior, en la ‘caverna’ del corazón, donde se es protegido de las influencias que arrastran hacia la antigua falsa adoración.

Sin embargo, no es necesario renunciar al mundo, sino sólo desapegar el corazón de él. Cuenta una historia sufí que un juez reputado fue a visitar a un maestro en las montañas, y por el camino se cayó del asno y se manchó de barro la ropa. Cuando llegó al maestro este le dijo que la suciedad de su ropa era un símbolo de la suciedad de su alma, y que si quería ser su discípulo primero debía purificarse. Así, el maestro le impuso al juez la tarea de renunciar a su cargo y dedicarse al oficio de vendedor de hígados y riñones de cordero. El juez, que deseaba con toda su alma ser aceptado por el maestro y obtener el conocimiento, abandonó su puesto y ante la sorpresa de la ciudad empezó a deambular por las calles realizando tan poco estimado oficio. Al cabo de un año volvió al maestro, que entonces lo aceptó y, por sorpresa del antiguo juez, le dijo que si quería ahora podía volver a su antiguo cargo como representante de la justicia.

Después del alejamiento inicial, de la *tawba*, empieza la etapa de abstenerse de comportamientos que pueden romper la concentración del corazón. Estos abarcan desde un uso consciente de los cinco sentidos, no sometiéndolos a influjos negativos, hasta la observancia de la dieta de acuerdo a las prescripciones rituales, por ejemplo evitando el consumo de carne de cerdo, etc. Esta etapa de abstinencia y de purificación es lo que permite que las obras de adoración tengan efecto duradero, pues si se practican los rituales y las técnicas propios del sufismo pero luego no se observan los límites señalados por la ley, es como deshacer el camino

andado, pues las prescripciones religiosas no son arbitrarias o caprichosas sino ancladas en un conocimiento profundo de las leyes del ser, que han sido reveladas a la humanidad a través de los profetas.

### **Horacio: la ecuanimidad como antídoto y guía**

Shakespeare retrata a través del personaje del único amigo de confianza de Hamlet una de las cualidades más importantes que todo peregrino del espíritu debiera tener: la constancia y la ecuanimidad. Cuando le dice que es el hombre más ecuánime de todos los que ha tratado, Horacio le responde que no le adule, a lo que Hamlet contesta que no lo hace, pues no tiene sentido adular a los pobres que no tienen más rienda que un buen carácter. Horacio, dice el príncipe de Dinamarca, es de los que no manifiestan su dolor aun sufrir mucho y recibe con igual agradecimiento los golpes y dones de la Fortuna, y bienaventurado es quien tiene la sangre y la razón tan igualadas que no hace como la flauta a merced de los dedos de la Fortuna, pues no es esclavo de la pasión<sup>203</sup>.

Horacio representa así el prototipo de ser humano ecuánime que no se deja arrastrar por las emociones negativas fruto de los vaivenes de la fortuna. Como es bien sabido, dejarse arrastrar por la negatividad es causa de perturbación. En algunas enfermedades de origen mental vemos como la persona es arrastrada por las emociones negativas en la dirección de realizar conductas perjudiciales para ella misma. Cuando esto sucede se establece un círculo vicioso difícil de romper, ya que las conductas perjudiciales refuerzan

---

203 W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena II.